REFLEXIONES EN TORNO A LA CULTURA ENTRE DOS SIGLOS: DE GANIVET A LORCA

CRISTINA VIÑES MILLET *

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es demostrar la continuidad existente entre los dos momentos que culturalmente centran Ganivet y Lorca, en lo que se refiere a ideas y planteamientos, a iniciativas y actividades.

Palabras clave: Cultura. Granada. Ganivet. Lorca

ABSTRACT

The object of this paper is to demonstrate the cultural continuity that existis between two historical moments defined by Ganivet and Lorca, in terms of ideas, approaches, initiatives, and activities.

Key words: Culture. Granada. Ganivet. Lorca.

* Universidad de Granada

Escribir sobre la cultura en Granada en ese arco temporal que sirve de puente entre los siglos XIX y XX, encierra numerosas posibilidades. Siempre ha sido Granada ciudad de contrastes y quizá en ello estribe la sugestión que ejerce en quienes la conocen. Contrastes que se tornan más claros, si cabe, cuando comparamos su realidad económica, inestable y difícil en muchas ocasiones, con una actividad cultural que se ha manifestado a lo largo de su historia mucho más dinámica, con una fuerza creadora que en determinados momentos la situó entre las más avanzadas del país. Aunque ese mundo de la cultura sea cerrado, pequeño, como diluido en el acontecer cotidiano, al ser patrimonio tan sólo de unos pocos. Realidad generalizada y mantenida —aquí y fuera de aquí— hasta que un nuevo concepto consiga arraigar en la sociedad: el que considera la educación y la formación del individuo como un auténtico derecho ciudadano.

Dejando a un lado esa cuestión, que no es la que me interesa destacar ahora mismo, muchas son —como decía— las posibilidades que ofrece la cultura en ese espacio temporal acotado. Entre todas ellas me he inclinado en este caso por esos dos momentos, importantes sin duda, que centran Ganivet y Lorca. Elección no arbitraria, sino que responde a un claro objetivo. Romper con alguno de los tópicos que se han venido acuñando en los últimos tiempos y, en forma muy particular, el que considera ambas figuras opuestas entre sí, antagónicas en sus ideas y en sus planteamientos. Visión que se puso sobradamente de manifiesto en 1998, al calor de las conmemoraciones de un centenario marcado por la muerte del pensador y el nacimiento del poeta. Fecha en común, trazada por el destino, que pudiera considerarse un poco símbolo de continuidad entre dos trayectorias vitales, truncadas ambas en fechas muy tempranas, cuando su obra —muy personal en uno y otro caso— estaba llegando a su punto de sazón. No se entendió así, llevando a una distorsión de la

realidad, ignoro si por razones de claro partidismo ideológico o por mero desconocimiento. Son Ganivet y Lorca autores muy citados, pero escasamente leídos.

A matizar esa valoración van dirigidas las páginas que siguen, en la idea de situar las cosas en el lugar que les corresponde. En el lugar —al menos— que creo que es el suyo, intentando demostrar que entre ambos momentos existe un claro hilo conductor. A salvo, es evidente, de los distintos tiempos en que se desarrollaron, de las circunstancias que les fueron propias y de las personalidades de quienes les dieron vida. Como punto de partida puede servirnos una afirmación que espero confirmar sobradamente: lo que Ganivet desarrolló en el plano de las ideas y del pensamiento, lo llevaron a cabo —o intentaron llevarlo— el grupo de jóvenes que junto con Lorca inician su actividad en torno a 1915, impulsando una etapa realmente interesante de nuestro pasado cultural.

En ambos casos, la sugestión de la propia ciudad actúa de catalizador, prestando su muy determinado ambiente, en el que «la naturaleza manda con tan avasallador poder que disputa la primacía a la Historia como al Arte» [1]. Se ha dicho que Federico nunca hubiera sido posible sin Granada. Aseveración que, sin lugar a dudas, es aplicable igualmente a Ganivet y a algunos otros de los que forman parte de esta pequeña historia. Todos, sin distinción, comparten la idea de elevar a la ciudad, elevando su nivel cultural e intelectual. «Henos aquí sobre la ciudad que todos hemos de reconstruir. Y sobre la ciudad, precisamente, porque sólo desde arriba nos será posible lanzar la lluvia de espiritualidad que su futuro necesita para granar… Verticales aquí en la altura, sin miedos a estorbos, sin agachar la cabeza, proyectando la mirada muy lejos, sobre el horizonte, camino del mundo… De todos los mundos que el hombre puede ganar». Son las palabras de Fernández Almagro, en aquel Brindis pronunciado en 1928 [2].

Todos ellos partían de una realidad innegable. La imagen literaria de Granada, consagrada en el paso del tiempo en forma irrenunciable. «Las grandes ciudades que cuentan en el mundo pesan tanto por su trayectoria histórica, acervo artístico, interés urbanístico y paisajístico, como por la aureola literaria que evoca su nombre, por la resonancia que la ciudad ha logrado en el

1 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Viaje al siglo XX*. Madrid. Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1962, pág. 149.

2 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. «Brindis de cualquier día» *Gallo*. Revista de Granada, febrero, 1928 (Hay facsímil, con edición y diseño de M. Gallego Roca. Granada. Comares, 1998. Reproduce los dos números aparecidos y los materiales para el tercero).

verso, la novela, la música o el grabado». En España, «ninguna otra ciudad como Granada irradia el peso de la literatura que la envuelve» [3].

Imagen universal, no adecuada siempre a la realidad interior. Contraste entre lo que debía ser y lo que era, que no iba a pasar desapercibido para nuestros protagonistas. «Mi Granada no es la de hoy; es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será», había escrito Ganivet. En su caso, el revulsivo fue la salida a un mundo exterior y el choque producido por una realidad muy diferente a la vivida por él hasta entonces. Choque que hace surgir la reflexión de la que parte su obra, realizada en un tiempo inverosímil por lo breve. El corto tiempo que, iniciado en 1893 se truncaría en el 98. Contemplada desde esa óptica no puede extrañar que en ella salten intuiciones que el paso de los años —quizá— hubiera hecho madurar. En el impulso de tantas cuestiones entrevistas, tampoco asombra que la personalidad de Ganivet haya dado origen a las más diversas valoraciones de su figura y de su pensamiento. Pero esto formaría parte de otra cuestión y sería motivo de otro análisis que no es ahora mismo el que nos interesa.

Al margen de ello, pues, hay algo innegable. Es el hilo conductor que recorre esa obra ganivetiana elaborada en tan breve espacio de tiempo, de principio a fin, constituyendo un auténtico leit-motiv de su pensamiento, al que sirve de soporte y que es fácilmente detectable para cualquiera que profundice mínimamente en sus escritos. Aunque no sea mi objetivo entrar aquí y ahora en un análisis pormenorizado y profundo de los mismos, sí quiero detenerme —por más que sea con brevedad— en aquellas cuestiones que considero imprescindibles para nuestro planteamiento [4].

Comenzando por lo que creo constituye el principio. Es ello el papel fundamental que Ángel Ganivet confiere a las ideas en el desarrollo de las sociedades y de los hombres. Es algo que salta, casi inconsciente, en su *Epistolario*, para tomar forma definitiva en *Cartas Finlandesas, La España Filosófica, Idearium* o *Granada la Bella* [5]. «Lo interesante es tener ideas —dirá— y colocarlas donde deben estar, en los sitios más altos». Porque ellas son como brújulas «que nos guían en el océano de la vida». Por ello es necesario transformar la energía vital en «actividad intelectual», cosa menos fácil de lo que pudiera parecer a simple vista, ya que la creación de una obra de arte exige

3 GALLEGO MORELL, A. Prólogo a *Historia de Granada*. Granada. Don Quijote, 1983, I, pág. VI.

4 Acerca de ello el magnífico estudio de MORENO OLMEDO, M. *El pensamiento de Ángel Ganivet*. Madrid. Revista de Occidente, 1965.

5 GANIVET, A. *Obras Completas*. Prólogo de M. Fernández Almagro. Madrid. Aguilar, 1961-62, 2 vs, (3.ª ed.).

mucha más actividad «que la que cuesta dirigir la más vasta empresa comercial» [6].

Crítico con su tiempo, si España como nación es débil, lo es precisamente por la carencia de ideas. Axioma que aplicaría igualmente a Granada, llevándolo hasta sus últimas consecuencias, como ocasión habrá de comprobar. Porque además, las ideas no se improvisan ni surgen de una manera inconexa. Por el contrario —a su modo de ver— brotan del contexto que les es propio, en una larga vida que necesita del concurso de generaciones. Esa permanencia es la única que puede dotar «a la inteligencia de una fuerza poderosa, de una norma de conducta para la vida, de una suma de ideas que se impone a la voluntad». Consciente de ello Ganivet, que en alguna ocasión mira hacia atrás buscando esa continuidad necesaria, lo fueron también los jóvenes, al enlazar su grupo con todos aquellos que les habían precedido en el tiempo, remontándose hasta llegar al de Soto de Rojas, cuyo «Paraíso cerrado» recrearía García Lorca varios siglos más tarde [7].

Si todo esto lo siente así Ganivet en forma general, de manera muy particular —como decía— lo hará al aproximarse a Granada, su ciudad, por la que siente un amor que nunca pretendió ocultar. Es algo que también supo ver Federico, prestándole palabras a su voz: «el enamorado de Granada fui yo y mi espíritu inquieto y atormentado está escondido para verla mejor en las heridas de la vega. Yo soy el que ama la ciudad romántica con amor de fuego. No la pude cantar, porque el agua de hielo me fascinó y me escondí en sus senos…» [8].

Amor que le lleva a soñar para ella lo que ignora si algún día será [9]. Ideal no conseguido. ¿Realidad que sólo puede existir en la imaginación y en el deseo? «Los valles del Darro y del Genil, en esta época otoñal, son las únicas sendas de este mundo que nos llevarían al país de *Ninguna parte*, que debe

6 Las citas de Ganivet reflejadas a lo largo del trabajo están tomadas de: *Granada la Bella*. Prólogo de Rafael Gago Palomo. Granada. Imp. de El Defensor, 1904; *Cartas Finlandesas*. Prólogo de Nicolás M.ª López. Madrid. Librería General de Victoriano Suárez, 1920; *Idearium Español*. Granada. Tip. Lit. Vda. e Hijos de Paulino V. Sabatel, 1897; *España Filosófica contemporánea*. Madrid. Librería Francisco Beltrán y Victoriano Suárez, 1930; *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Madrid. Librería General de Victoriano Suárez, 1911. Todo ello en las Obras Completas de nota anterior.

7 Entrevista a García Lorca por E. Giménez Caballero, 1928. *Obras Completas*. Prólogo de Jorge Guillén y Epílogo de Vicente Aleixandre. Madrid. Aguilar, 1966, pág. 1.695.

8 GARCÍA LORCA, F. «Fantasía Simbólica» *Boletín del Centro Artístico*. Homenaje a Zorrilla en el Primer Centenario de su nacimiento, 1817-1917. (Incluida en Obras Completas, pág. 4).

9 VIÑES MILLET, C. «La Granada de Ganivet» *Ganivet y el 98*. Granada. Universidad-Colegio de Doctores y Licenciados, 2000, págs. 175-85. SALGUERO, M. *La ciudad ideal de Ganivet*. Granada. Ayuntamiento, 1998.

estar entre aquellas nieblas de rumor», escribía el poeta en 1921 [10]. No tanto idealismo, quizá. «Para mí —es de nuevo Ganivet quien escribe— la clave de nuestra política debe ser el ennoblecimiento de nuestra ciudad». Ciudad libre, entendida como foco de fuerza material e ideal. Marco natural de la vida del hombre, en ella hay que encontrar el difícil equilibrio entre tradición y progreso. Pero no una tradición que suponga estancamiento, ni un progreso que sea copia indiscriminada de cuantas influencias llegan de fuera. Oigamos, a este respecto, las frases fundacionales de una pequeña revista que en 1917 sacaron los jóvenes a la calle: «Ni tratamos de volver a lo pasado, que sería estéril, ni avanzar en lo orientado, que sería vano: queremos conservar y dar impulso a lo que queda, haciendo de Granada un lema» [11].

Si en buena parte de la obra de Ángel Ganivet su ciudad está presente en una forma u otra, en *Granada la Bella* adquiere un rotundo protagonismo. Pequeño tratado sobre urbanismo, se ha dicho. Sin duda, pero algo más. Mucho más me atrevería a afirmar. Tratado de ética y estética urbana. Ensayo de interpretación del espíritu de la ciudad la consideró Francisco García Lorca, aludiendo a ella como un precedente imprescindible de lo que más tarde haría Federico «en algunas de sus vertientes líricas e incluso en algunas de sus obras dramáticas» [12].

Precedente no sólo en alguna vertiente de la obra lorquiana. También, en forma evidente, de la labor desarrollada por Antonio Gallego Burín al frente de la alcaldía granadina, cuando hace suyas palabras y principios emanados de ella [13]. «Para embellecer una ciudad no basta con crear una comisión, estu-

10 Carta de Federico García Lorca a Melchor Fernández Almagro (Granada, otoño, 1921). GALLEGO MORELL, A. *García Lorca. Cartas, postales, poemas y dibujos*. Madrid. Moneda y Crédito, 1968, pág. 43.

11 La Redacción. «Nuestro saludo» *Ilíberis*. Año I, 1917, 1.

12 GARCÍA LORCA, Fr. *Federico y su mundo*. Edición y Prólogo de Mario Hernández. Madrid. Alianza, 1980, pág. 127. Al respecto, prosigue diciendo, «y es que en ella Ganivet señala a los granadinos la progresiva destrucción de la ciudad física y, por lo tanto, de su espíritu. Federico alude en sus prosas a esta obrita y acepta el acierto ganivetiano de hacer del agua el símbolo expresivo de la ciudad».

13 Así lo reconocerá textualmente: «Sus enseñanzas no cayeron en saco roto. En los años en que el autor de estas líneas tuvo encomendada la dirección municipal de Granada, siguió su pensamiento el pensamiento de Ganivet y las reformas realizadas en aquella ciudad, de 1938 a 1951, están inspiradas en sus deseos y en su doctrina. Embellecer la ciudad, por medio de la vida bella, culta y noble de sus habitantes. Transformar la ciudad sin olvidar lo que ha significado en la Historia, lo que es en sí y lo que puede representar en el mundo. Y lo que Granada fue, lo que Granada es y lo que Granada puede ser, procuré no olvidarlo durante los años que el azar dio a mis manos la posibilidad de moldear algo de su forma y de su espíritu, con el mismo amor apasionado que Ganivet sintió por esta ciudad única en el mundo». GALLEGO BURÍN, A. Prólogo a *Granada la Bella* de A. Ganivet. Granada. Miguel Sánchez editor, 1993, pág. 38.

diar reformas y formar presupuestos: hay que afinar al público, hay que tener criterio estético, hay que gastar ideas». Porque las ciudades donde falta el contrapeso de las ideas «son como los desiertos; un día en silencio mortal, y otro, agitado por los más violentos huracanes». Porque «para que una acción sea útil y productora, hay que pensar antes de obrar».

Muy alta es la función que Ganivet confiere a la urbe, porque en ella no sólo hay que ver las funciones «políticas y administrativas que todo el mundo conoce (sino que) tiene también otra misión más importante porque toca a lo ideal, que es la de iniciar a sus hombres en el secreto de su propio espíritu». Como un eco de estas palabras me parecen a mí estas otras de Constantino Ruiz Carnero, en artículo que tituló «El alma de la ciudad» y en el que dice: «Las corrientes renovadoras que vienen de fuera, que nos traen aires cosmopolitas y aspectos exóticos han chocado con el espíritu granadino, falseándolo. El espíritu granadino, o sea aquellas manifestaciones de la vida ciudadana que pueden servirnos para descubrir el alma colectiva de un pueblo, no ha sido ni tan débil que se doblegue al choque demoledor, ni tan fuerte que lo resista, con entera bizarría. Se ha quedado en un término medio, claudicando aquí y defendiéndose allá. Un término medio que es la duda, la incertidumbre, la desorientación…» [14].

No creo que Ganivet pensara que lo que él proponía era tarea fácil. Pero estoy convencida que tampoco consideraba que fuera un imposible. Por diversas razones. La primera, porque tenía plena confianza en unas innatas cualidades para la creación espiritual y cultural, capaces de poner en marcha lo que denominó un nuevo Siglo de Oro. La segunda, fundamental, porque a su modo de ver se contaba con el elemento clave: el hombre, al que sólo faltaba decidirle a poner manos a la obra. Como en muchas otras cuestiones su visión es anticipadora, al intuir esa brillante etapa de la cultura que estaba por venir y el papel que en ella iba a jugar Granada, en forma importante [15].

Después de todo lo que llevo dicho, no puede extrañar que me aproxime a la vertiente del Ganivet educador, pedagogo, maestro. Guiado siempre por su pensamiento y ante la realidad que contempla, el único camino que considera válido es el de la educación. Ya lo había anticipado en *Cartas Finlandesas* al afirmar: «El mundo es una Universidad donde hay cátedras y bancos de sobra, lo que falta son maestros y discípulos». En él, el magisterio es algo inna-

14 RUIZ CARNERO, C. «El alma de la ciudad» *Letras y Figuras*. Año II, 1918, 20.

15 Para algunas de estas cuestiones: VIÑES MILLET, C. «Trazos para la historia de la cultura en Granada (1915-1919)» *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*. Segunda época, 1990, 4, 271-296.

to. Mejor lo diría de otra forma. Ganivet es un incitador nato. Así nos dibujó a Pío Cid —su propio trasunto— de quien nos dice que «Su deseo era perturbar el espíritu de aquellos jóvenes ramplones», «sacar a los hombres de su inercia espiritual», despertar «el orgullo intelectual», indispensable para hacer algo en el mundo.

Incitar pretendió una revista nacida en 1915 bajo el expresivo título de *Granada*, en la que se decía «Vamos a tratar de todo, criticándolo todo. Vamos a hablar de nuestra política, de nuestras costumbres, de nuestras cosas… En cada párrafo va a crujir, así lo queremos, un estridente latigazo… Nuestra palabra grave, sincera y valiente, cantará el poema de la verdad un día y otro día. Será un ritmo nuevo en esta tierra nuestra, escenario tan propicio a la farsa…» [16].

Maestro quiso ser Ganivet con sus cofrades del Avellano, y lo fue sin duda. Al tomar la palabra —recordaría Nicolás M.ª López— «todos callábamos. Su voz era dulce y suave, a veces rápida y cortada, a ratos pausada y solemne. Hablaba de países o ciudades lejanas; explicaba el asunto de un libro; hacía la crítica de una obra dramática, moderna o clásica; o trazaba en cuatro rasgos la semblanza de los grandes escritores…» [17]. Maestro fue, en alguna medida, de las nuevas generaciones que no alcanzaron a conocerle. Así lo vio reflejado José Mora Guarnido, al contemplar el busto que Juan Cristóbal modelaba en su estudio de Madrid. «Es nuestro viejo don Ángel que, si la muerte no nos lo hubiera arrebatado, hubiera vuelto a Granada, con la barba y la melena blancas, la cara arrugada y pálida, los ojos serenos llenos de visiones… y hubiera dedicado sus últimos años a modelar el espíritu de nuestra juventud, de una cultura superior, a hacer de nuestra ciudad aquella «Granada la Bella», artística, culta, serena, fuerte, capacitada para afrontar el inquietante devenir» [18].

Quien así escribe lo hace en 1919, cuando ya la idea de alzar en su ciudad un monumento al pensador desaparecido, ha comenzado a tomar forma. Pero de ello me ocuparé algo más adelante. De momento volvamos a ese verano de 1897, en el que intenta poner en marcha su proyecto más querido, espoleando a quienes en grupo se apiñan en torno a él. Grupo de amigos que alarga la larga tradición de la tertulia, en la que Ganivet mantiene un liderazgo que nadie le discute, quizá porque él no lo impone. Desde los veladores del

16 MORA GUARNIDO, J. «Nuestra política y nuestras costumbres» *Granada*. Año I, 1915, 5.

17 LÓPEZ, N. M.ª. *La Cofradía del Avellano. Cartas íntimas de Ángel Ganivet*. Granada. Piñar Rocha, 1936.

18 MORA GUARNIDO, J. «El monumento a Ganivet» *Renovación*, 15-IV-1919.

café Colón su destino, invariable, será la fuente del Avellano, en un espacio cargado de sugestiones literarias. Allí establecen «un culto de clásico abolengo, a la amistad y a la belleza, al agua y al paisaje» [19]. Ese paisaje que en Federico García Lorca cobrará calidades líricas, que son reflejo de muy profundos sentimientos: «Granada está admirable —le diría a Fernández Almagro—. El otoño empieza con toda la elegancia y la luz que envía la Sierra. Ya ha caído la primera nevada. Los amarillos empiezan infinitos y profundos a jugar con veinte clases de azules. Es una riqueza que asombra, una riqueza que, estilizada y todo, es inabarcable» [20].

Por encima de cualquier otra cosa —lo decía ya y vuelvo a repetirlo— lo que Ganivet pretendió en aquella corta estancia veraniega que iba a ser la última en su ciudad, fue incentivar a sus cofrades amigos. Abrir puertas y ventanas a un ambiente intelectual en exceso cerrado, localista y pequeño, refrescándolo con aires nuevos y de mayor alcance. Es el mismo mensaje, por encima del tiempo transcurrido, que Melchor lanzaría a su amigo Antonio Gallego, al escribirle: «Ya tienes un periódico, ¡A hacer cosas con él! ¡Que sea una llama, una luz, una fuente en la seca, oscura y fría Granada!» [21].

Abrir puertas y ventanas, incentivar, teniendo siempre como fondo a su ciudad, motivo primero y último de su preocupación y de su esperanza. En una interpretación —la moderna interpretación de Granada— que se aleja de los estereotipos acuñados por el romanticismo, para volver sus ojos a la ciudad eterna, iniciando un ciclo que vendría a culminar en la obra de Lorca [22]. Interpretación y motivos compartidos también por aquellos jóvenes que en 1918 sacaban a la calle otra publicación —una más— bajo el título de *Idearium*, que en sí mismo deja ya escaso margen a la duda. En sus primeras páginas decían: «Granada es nuestra inspiradora, sus bellezas cantaremos… dispuestos a emprender una nueva obra de divulgación literaria y científica» [23].

A Ganivet el destino le truncó su proyecto, al ser a un mismo tiempo amanecer y ocaso. El *Libro de Granada* quedó como exponente de lo que hubiera podido ser si él no hubiera faltado y, faltando él, sus cofrades amigos hubie-

19 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. «Palabras pronunciadas con motivo de la inauguración del monumento a Ganivet» *La Alhambra*. XXIV, 1921, 544.

20 Carta de Federico García Lorca a Melchor Fernández Almagro (Granada, octubre, 1926). GARCÍA LORCA, F. *Epistolario*. Introducción, edición y notas de G. Maurer. Madrid. Alianza, 1983, I, pág. 175.

21 Carta de Melchor Fernández Almagro a Antonio Gallego Burín. Madrid, 26 mayo 1919. FERNÁNDEZ ALMAGRO-GALLEGO BURÍN. *Epistolario, 1918-1940*. Edición, introducción y notas de A. Gallego Morell y C. Viñes Millet. Granada. Diputación, 1986, pág. 41.

22 GALLEGO MORELL, A. *Ganivet, el excéntrico del 98*. Granada. Gráficas del Sur, 1965, pág. 151. (Hay nueva edición. Granada. Comares, 1997).

23 La Redacción. «Nuestros propósitos» *Idearium*. Año I, 1918, 1.

ran tenido el empuje necesario para mantener en pie lo iniciado [24]. El mismo año de su muerte nacía García Lorca, símbolo de una nueva generación que vendrá a enlazar con la suya. Símbolo de una nueva tertulia que acabaría reuniéndose en torno a los veladores del café Alameda. Sólo que en ella no hay liderazgo. Todo es compartido por todos. Quizá por eso consiguieron lo que Ángel Ganivet no llegó a alcanzar, iniciando un brillante ciclo de nuestra cultura contemporánea.

Resulta complejo —quizá innecesario— un recuento de lo acontecido entonces, en que proyectos y realidades se entrelazan para formar una historia que llega a ser apasionante. Revistas, publicaciones, iniciativas que desde los azulejos y el Cante Jondo llegan a los Autos Sacramentales del 27. Poco tiempo para un largo e intenso camino. En cada uno de esos acontecimientos, y de otros tantos que se pudieran mencionar, Granada se ha convertido en punto de mira de una cultura que había conseguido saltar sus propias fronteras [25].

Porque también ellos querían abrir puertas y ventanas al ambiente pequeño de la ciudad. Y lo hicieron, enlazando con otros grupos y gentes. Con el maestro Falla, convertido en referencia ineludible de aquel momento. Con Rusiñol, que alarga los días del Cau Ferrat de Ganivet. Con Dalí y las nuevas vanguardias… Y atraen hasta Granada a Juan Ramón Jiménez y Zenobia; a Salinas, Guillén o Martínez Sierra; a Baroja y Ortega. Llegado el momento, serán ellos mismos los que salgan en busca de escenarios nuevos, de nuevas vivencias: Madrid, Hamburgo, Montevideo, Tokio, el París de Manuel Ángeles Ortiz y González de la Serna. También a ese respecto Ganivet tuvo las ideas muy claras. «Un hombre hasta cierto punto —había escrito— necesita nutrirse de su tierra, como las plantas, pero después no debe encerrarse en la contemplación de la vida local, porque entonces cuanto cree quedaría aprisionado en un círculo tan estrecho como su contemplación».

Parece como si estos jóvenes se hubieran convertido —inconscientemente, quizá— en nuevos cofrades de aquella cofradía desaparecida antes de que ellos tuvieran conciencia de las cosas. Inconsciente o conscientemente también. Porque ellos estarán en la punta de la lanza de cuantas iniciativas cobraron forma en torno a la figura del pensador desaparecido. Primero fue —1916— la creación de una Sociedad Ángel Ganivet, cuyas bases ha redac-

24 *Libro de Granada*. Granada. Vda. e Hijos de P.V. Sabatel, 1899 (Hay edición facsímil, con estudio de A. Jiménez Correa. Granada. Universidad, 1995 y Granada. Comares, 1987 con epílogo de A. Gallego Morell).

25 VIÑES MILLET, C. *La Granada de Melchor Fernández Almagro*. Granada. Universidad-Diputación, 1992.

tado Antonio Gallego [26]. Su objetivo es la promoción cultural de la ciudad, de su ciudad. A no mucho tardar, el tema palpitante será el del monumento a Ganivet que, bajo el patrocinio de Natalio Rivas, va tomando forma en el estudio madrileño de Juan Cristóbal. La polémica, como suele ser habitual aquí, acompaña la obra que muchos no entienden en el sentido que quiere imprimirle el artista.

En ello Fernández Almagro, instalado definitivamente en Madrid, es un observador privilegiado y plasma en artículos que aparecerán en la prensa local, la impresión que ha causado en él la obra aún inconclusa [27]. Es como siempre —piensa— la incomprensión de Granada, la que terminará convirtiendo aquel homenaje que se quiere hacer al escritor en algo carente de sentido. Porque no sólo es el monumento en sí, es también el lugar en el que debe ir emplazado. Desde que la idea saltó en el Centro Artístico, impulsada por los jóvenes, el Paseo de los Tristes fue el lugar elegido por ellos. Pero lo cierto es que las tensiones que se alargan en el tiempo inútilmente, acaban con aquella ilusión. Al respecto, Antonio Gallego le escribe desde Granada: «… la estatua de Ganivet que irá a la Alhambra, a la Plaza de la Fuente del Tomate y así, nos quedaremos sin plaza y sin estatua. Qué lejos lo de hoy de aquello que nosotros queríamos hacer, con el calor de nuestra cordialidad y nuestra comprensión hacia lo que él, el último granadino, representaba. Esta no será ya la fiesta íntima con que nosotros soñábamos. Será la fiesta oficial (para colmo de oficialidad, quieren que coincida con las fiestas de otoño), fría y empaquetada con que se solemnizaría el descubrimiento de un monumento a un cacique de aldea» [28].

Porque Ganivet es importante para ellos, les duele la falta de comprensión de muchos de sus paisanos. A pesar de que el Centro Artístico ha intentado dar a la actividad de aquel año un tono especialmente elevado. Conciertos en el Alhambra Palace, con la presencia de Andrés Segovia; ciclos de conferencias sobre temas de plena actualidad, a cargo de Ángel Ossorio o Hermenegildo Giner, entre otros. En octubre de 1921 tiene lugar, finalmente, la inauguración del monumento. En la ceremonia oficial hay chaqués y discursos. Luego vendrá el pequeño acto, más íntimo y privado, con el que unos pocos quieren rendir su homenaje a Ganivet, allí —en el Avellano— donde su presencia parece cobrar forma. Y en un último brindis, cargado de sentido, se dirá: «Lle-

26 VIÑES MILLET, C. *Antonio Gallego Burín*. Granada. Comares, 2003.

27 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. «Ganivet y Juan Cristóbal» *Noticiero Granadino*, 19-XII-1918 y «Alrededor del monumento a Ganivet» *La Alhambra*. XXIII, 1920, 531.

28 Carta de Gallego Burín a Fernández Almagro, 23-VIII-1920. Epistolario cit. pág. 177.

nemos nuestro vaso de este agua encantadora, inolvidable ya, porque representa la inspiración de Ganivet» [29]. Inspiración que es la lección permanente de amor a Granada y de defensa de sus más puras esencias.

Algo más tarde, en 1925, cuando la campaña iniciada tiempo atrás para traer los restos del escritor del 98 a su ciudad natal llegue a su fin, todos ellos estarán nuevamente en la brecha para que los actos de recepción tengan toda la solemnidad que el caso requiere. En Madrid primero, en Granada después. Y la tuvieron. En parte, porque muchos así lo deseaban al considerarlo de justicia. En parte también, porque las circunstancias políticas del país convertían aquel retorno en un símbolo. La Dictadura del general Primo de Rivera ha chocado ya en más de una ocasión con los sectores intelectuales, iniciándose la oposición que le arrastraría a su caída. El Ateneo permanece cerrado a la actividad pública por orden gubernativa, pero no por ello estará ausente del acto celebrado en el Paraninfo de la Universidad Central, en el que Gregorio Marañón habló en su nombre y dijo: «Hemos venido a saludar su paso a la Universidad, de la que somos hijos, porque en este ambiente maternal podemos hablar sin que nuestras palabras suenen a protesta…» [30].

Ricardo Gullón, entonces un muchacho, recuerda aquellos momentos. «En la primavera de 1925 —escribe— fueron trasladados a España los restos de Ángel Ganivet. Entre Riga y Granada estuvieron depositados durante unas horas en el Paraninfo de la Universidad Central, y quienes entonces estudiábamos en ella sentimos curiosidad por saber algo de aquel hombre enigmático cuya preocupación española y cuyo amor dramático por Amelia Roldán concluyeron con el suicidio… Los estudiantes pedimos al profesor de Literatura don Juan Hurtado, granadino como Ganivet, que dedicara una clase a su paisano, y así lo hizo, aunque diluyendo la sustancia en paráfrasis y anécdotas. Mi curiosidad por saber quién y cómo había sido el autor del «Idearium» no quedó satisfecha hasta que meses después pude leer un librito titulado *Vida y obra de Ángel Ganivet*, que no tardó en conducirme a nuevas lecturas del singular escritor. El autor de obra tan sugerente se llamaba Melchor Fernández Almagro» [31].

En efecto, Ganivet es una constante en la vida de Melchor. Posiblemente es el tema al que dedica más páginas y —creo— mayor meditación. Porque, en definitiva, lo que pretende es llegar a comprender lo más recóndito de su pensamiento. Con ello, no sólo conseguirá introducirse en ese alma de la ciudad que le atrae poderosamente, sino también captar la profundidad y el dra-

29 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. Palabras pronunciadas… cit.
30 RUIZ SALVADOR, A. *Ateneo, Dictadura y República*. Valencia, 1976.
31 GULLÓN, R. «Melchor» *ABC*, 30-XI-1983.

matismo de un momento de la historia de España. En esa línea de interés su *Vida y obra de Ganivet* —a la que alude Ricardo Gullón— fue una primera e importante aportación, sobre la que volvería con posterioridad [32].

Sin embargo, no es el único que dedica su atención al pensador granadino. También lo hará, algo más tarde, Francisco García Lorca, en ensayo que fue reeditado con motivo del centenario [33]. Y Antonio Gallego, en aquella conferencia pronunciada en el Centro Artístico en los días del monumento, editada con posterioridad [34]. No puede extrañar, por tanto, que cuando en 1929 se ponga en marcha la Casa de los Tiros como museo vivo de la ciudad —a impulso, precisamente, de Gallego Burín— Ganivet esté presente en ella, como recuerdo que se quiso perenne a su memoria y a su obra.

1929 es el año en que Federico García Lorca emprende su viaje americano. Bautismo de fuego, como en su día lo fuera para Ganivet su contacto con la Europa industrializada y moderna, su testimonio entonces no pudo ser más elocuente, ante una realidad que le parecía entrañar múltiples riesgos: soledad, despersonalización, pérdida de la independencia más íntima del ser humano… *Poeta en Nueva York* constituye ahora el testimonio de Federico, expresado en el lenguaje que le es propio. «Poemas de la soledad» titula algunas de las composiciones de aquella etapa.

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible… [35].

32 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Vida y obra de Ángel Ganivet*. Valencia. Sempere, 1925 (Hay edición Madrid. Revista De Occidente, 1952).

33 GARCÍA LORCA, Fr. *Ángel Ganivet. Su idea del hombre*. Buenos Aires. Losada, 1952 (Hay edición Granada, 1998).

34 GALLEGO BURÍN, A. *Ganivet*. Lectura dada en el Centro Artístico la noche del 22 de marzo de 1921. Hay edición Granada. Imp. Paulino Ventura Traveset, 1921 (El texto íntegro está reproducido en VIÑES MILLET, C. *La Granada de Antonio Gallego Burín*. Granada. Universidad, 1995, págs. 381-408).

35 GARCÍA LORCA, F. «La Aurora» (fragmento). Poeta en Nueva York. *Obras Completas* cit. pág. 497.

Desde la lejanía las cosas cobran un particular relieve. Es muy posible que García Lorca —como a Ganivet sucediera— ante esa aurora desgarrada y oscura, recordara esos amaneceres de Granada, cuando «Los montes lejanos surgen con ondulaciones suaves de reptil. Las transparencias infinitamente cristalinas lo muestran todo en su mate esplendor. Las umbrías tienen noche en sus marañas y la ciudad va despojándose de sus velos perezosamente, dejando ver sus cúpulas y sus torres antiguas iluminadas por una luz suavemente dorada… Las sombras se van levantando y esfumando lánguidas, mientras en los aires hay un chirriar de ocarinas y flautas de cañas tocadas por los pájaros… Por el valle del Darro, ungido de azul y de verde oscuro, vuelan palomas campesinas, muy blancas y negras, para pararse sobre los álamos o sobre macizos de flores amarillas…» [36].

36 GARCÍA LORCA, F. «Granada. Amanecer de verano» Impresiones y Paisajes. *Obras Completas* cit. págs. 1.563-64.